

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

Sab 18, 6-9; Sal 32; Hb 11, 1-2. 8-19; Lc 12, 32-48

"No temas pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino". "Vended vuestros bienes y dad limosna. Hacedos bolsas que no se deterioran, un tesoro inagotable en los cielos, donde no llega el ladrón, ni la polilla corroe; porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón". "Tened ceñida la cintura y las lámparas encendidas, y sed como hombres que esperan a que su señor vuelva de la boda, para que, en cuanto llegue y llame, al instante le abran. Dichosos los siervos a quienes el Señor, al venir, encuentre despiertos: yo os aseguro que se ceñirá, los hará ponerse a la mesa y, yendo de uno a otro les servirá. Que venga en la segunda vigilia o en la tercera, si los encuentra así, ¡dichosos ellos! Entendedlo bien: si el dueño de la casa supiese a qué hora iba a venir el ladrón, no dejaría que le horadasen su casa. Estad también vosotros preparados, porque cuando menos lo penséis, vendrá el Hijo del hombre." Dijo Pedro: "Señor, ¿dices esta parábola para nosotros o para todos?". Respondió el Señor: "¡Quién es, pues, el administrador fiel y prudente a quien el Señor pondrá al frente de su servidumbre para darles a su tiempo su ración conveniente? Dichoso aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre haciéndolo así. De verdad os digo que le pondrá al frente de toda su hacienda. Pero si aquel siervo se dice en su corazón: 'Mi señor tarda en venir', y se pone al golpear a los criados y a las criadas, a comer y a beber y a emborracharse, vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera y en el momento que no sabe, le castigará severamente y le señalará su suerte entre los infieles". "Aquel siervo que conociendo la voluntad de su señor, no ha preparado nada ni ha obrado conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes; el que no la conoce y hace cosas que merecen azotes, recibirá pocos; a quien se le dio mucho, se le reclamará mucho; y a quien se confió mucho, se le pedirá más".

El evangelio de la semana pasada terminaba diciéndonos: «... ¡Necio! Esta misma noche se te pedirá el alma, ¿para quién quedará aquello que has acumulado?...», siendo que una de las reflexiones a la cual nos llevaban las lecturas de la semana anterior es a poder comprender que todo aquello con lo cual Dios nos ha rodeado en este mundo, no está mal o no es un mal para el hombre. Por el contrario, es en el corazón del hombre, según la intención y la visión con la cual mira y usa las cosas lo que hace que estas se conviertan en un mal para él mismo. Por eso el hombre que en su vida no se reviste de Cristo, no pone su apoyo y sentido de ser en Cristo, buscará incansablemente el fundamento de su existir en las cosas que Dios ha creado, idolatrándolas y dándoles una prioridad fuera de la realidad, por lo cual tratará de conseguir las por cualquier medio, a cualquier costo, porque piensa que en ellas encontrará el sentido de su existencia y por eso el hombre en búsqueda de aquello que cree que le dará el sentido de su vida no tendrá en cuenta si daña o maltrata a su prójimo con tal de alcanzar aquello en lo cual ha puesto su corazón y el sentido de su vida.

Todos los textos de esta semana nos invitar a vivir en tensión (expectativa), y al mismo tiempo en movimiento (éxodo), nos llaman a vivir desinstalados de las cosas materiales, en estado permanente de peregrinación, porque todo creyente está llamado a ser peregrino en este mundo; en una palabra llamado a vivir en vela en razón de la fe, en razón de la promesa de Dios, en razón de las cuentas que habremos de rendir a Dios en un tiempo próximo que desconocemos.

La primera lectura muestra que ya en la Antigua Alianza la fe no estaba desprovista de garantías: hubo anuncios que se cumplieron, como el de la noche de la comida pascual o la promesa de Dios al rey David, como la predicción de los profetas sobre el exilio y su duración. Todo hombre atento percibe estos signos: Dios muestra así que está en el buen camino; llama a vivir en la fe y no le deja en la incertidumbre, aunque a veces lo someta a dura prueba como es el caso de Abraham o de algunos profetas, pues en último término su fe no puede apoyarse sobre signos y milagros, sino sobre la fidelidad de Dios, que mantiene su palabra de un modo inquebrantable.

En el evangelio aparecen múltiples variantes de la exigencia dirigida a los cristianos de vivir siempre preparados, en vela. Cuanto mayor sean los dones y tareas que Dios les ha dado y encomendado tanto más la exigencia. Las tareas encomendadas por Dios se cumplen de la mejor manera cuando el criado no pierde de vista que en cualquier momento puede ser llamado a rendir cuentas; por tanto, cuando cada uno de sus momentos temporales es inmediatamente vivido y configurado de cara a la eternidad. Si el cristiano olvida esta inmediatez, olvida también el contenido de su tarea terrena y de la justicia que ésta implica ("...empieza a pegarles a los mozos y a las muchachas..."): ahora queda claro que el cristiano no practicará esta justicia, si no es capaz de mirar más allá del mundo para poner sus ojos en las exigencias de la justicia eterna, que no es una simple idea, sino el Señor viviente cuya aparición espera toda la historia del mundo.

La segunda lectura nos invita a esta existencia desinstalada, apoyados simplemente en la fe: «...la fe es seguridad de lo que se espera...». La fe se apoya en una palabra recibida de Dios que anuncia una realidad invisible y futura. Esto se muestra en la existencia de Israel, que comienza con el éxodo de Abraham y se continúa a través de los siglos; esta fe puede ser sometida a duras pruebas, como cuando se exige a Abraham que sacrifique a su hijo, como demuestra también el hecho de que todos los representantes de la Antigua Alianza «...murieron sin haber recibido la tierra prometida...». Ellos aprendieron más drásticamente lo que significa vivir «...como huéspedes y peregrinos en la tierra...», y lo que significa buscar una patria que está más allá de toda existencia precedera.

Por eso el evangelio empezó con la frase: «... no temas pequeño rebaño...», al respecto el Papa Benedicto XVI nos dice: «...el buen discípulo se verá confortado por las palabras del Maestro: "No temas, pequeño rebaño, porque

vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino". El creyente sabe que siempre puede poner su esperanza en Cristo Jesús, nuestro Señor, que no defrauda (cf. 1 Ts 1,3) y colma de alegría su corazón (cf. 1 P 1,6), dando sentido y fecundidad a su vida de fe...» (Benedicto XVI, Carta a los Obispos Católicos de Cuba, 21 de febrero de 2008). Vivir en la Fe en Cristo muerto y resucitado por nuestros pecados no sólo significa vivir de una esperanza que esperamos se cumpla, sino de una Esperanza que en Cristo se nos ofrece gratuitamente que se encarne en nosotros. Porque en Cristo Jesús, se han cumplido las promesas del Padre, y ahora, como un Don se nos ofrece a nosotros, para que se realicen en nuestras vidas como una participación de la Vida nueva inaugurada en Cristo Nuestro Salvador.

Concluyendo debemos decir que el creyente a la luz del presente evangelio está comparado al administrador fiel y prudente; porque Dios desde el bautismo al elegirnos para formar parte de su pueblo santo, y por ello todo bautizado está llamado a vivir en la santidad: "...ya no soy yo es Cristo que habita en mí...", Dios nuestro Padre por la gracia del Espíritu Santo no solamente va a agradecer nuestra vida sino que la colmará de dones para ponerlos al servicio de los hermanos, y estos dones con los cuales va a revestir nuestra vida serán según nuestra condición y estado al cual cada uno seremos llamados a vivir la vida cristiana y nuestra misión en este mundo (casados o consagrados: ministros de la Iglesia o religiosos). Por eso San Pablo al término de su vida dirá: "...porque en mí la gracia no ha sido infecunda...", y por lo tanto nuestra vida será como dice la parábola del sembrador de la semilla que cae en buena tierra: "...la semilla que cae en buena tierra dará treinta, setenta y cientos...". Queridos hermanos por eso el evangelio de este día nos invita sin temor alguno a abrirnos a la acción de Dios en nuestra vida.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar